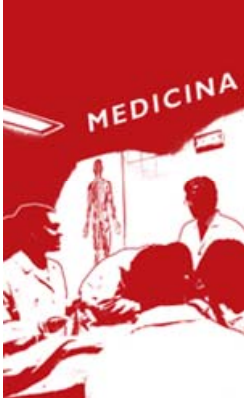


Sé lo que quieres ser



MEDICINA

Manuel Hidalgo

Estudió Medicina en la Universidad de Navarra, más tarde se especializó en enfermedades infecciosas de cáncer en la Universidad Autónoma de Madrid. Actualmente, trabaja como **profesor asociado en el Sydney Kimmel Comprehensive Cancer Center en Johns Hopkins**. Entre sus intereses dentro de la rama oncológica se encuentran las variaciones de cáncer en los distintos órganos del aparato digestivo.



1. Vivencias de estudiante

En los dos primeros cursos, Manuel vivió en el Colegio Mayor Belagua, en Torre I, y luego cuatro años en pisos de estudiantes.

Aquello empezó con un mal recuerdo: “El mito del primer año... Te decían ‘los médicos siempre van asfixiados, los arquitectos y los médicos sólo estudian’. La incertidumbre, el agobio, la nota del primer examen..., pero luego resulta que todo es llevable, que no es nada del otro mundo. La vida de Colegio Mayor me gustó mucho. Aquellos años fueron muy buenos”.

Ahora disfruta recordando que se jugaba al fútbol, exploraban cuevas, “las gincanas que organizaba Nacho Ordovás”, el descenso del Sadar –remedo del descenso del Sella pero en plan salvaje– cuando ese riachuelo tuvo una crecida, las fiestas. De aquel “sólo estudiar”, nada. Estuvo en Roma con UNIV, en un campo de trabajo de verano en Polonia. “Fuimos en dos furgonetas”. Y añade: “Pero la vida cotidiana era lo interesante. Los cien del colegio mayor teníamos un ambiente cultural muy rico, y también muy variado por nuestra distinta procedencia, carrera, formación, familia. Aquello me gustaba más que las clases. Nos quejábamos de los agobios en los estudios, pero siempre había algo divertido, interesante”.

El tercer curso “fue el año revelador, más divertido que primero y segundo; pasábamos a la medicina clínica, más aplicada, con asignaturas como Patología General, Farmacología Clínica, Microbiología Clínica...”. Me habló de Digestivo, de Oncología, de las Enfermedades infecciosas de Ignacio Alberola, que fue director médico de la Clínica Universitaria. Y de su empeño por ir a EE.UU.. En su último curso consiguió estudiar durante tres meses en Harvard. “Allí me enamoré de la Oncología Médica. Fue una buena inversión”, concluye.

Aprendió inglés durante la carrera, le dio un empujón en Oxford, en un curso de verano organizado por el Colegio Mayor Belagua, y continuó, convencido de que “es el leguaje de la ciencia médica y hay que saberlo bien, sin excusa”, me comenta con firmeza.



2. Boda y trabajo en América

Sacó el MIR con uno de los primeros números, y pudo elegir la especialidad en Oncología en el Hospital 12 de Octubre de la Universidad Autónoma de Madrid, donde hizo la tesis y alcanzó el grado de Doctor en 1997. Allí trabajó en la fase clínica de la investigación sobre un fármaco, y eso le llevó a Estados Unidos, a San Antonio. Ese mismo año 1997 pasó a ser investigador del Cancer Therapy and Research Center, y Assistant Professor de la Universidad de Texas.

A los seis meses se volvió a Madrid para casarse con Sofía Perea, farmacéutica microbióloga a la que conoció en el “12 de Octubre” y enseguida volaron juntos a Texas, donde han tenido dos hijos. Ella hizo un postgrado en Microbiología y luego otro en Salud Pública, títulos que le permiten trabajar en EE.UU.

En 1998, la AACR (American Association of Cancer Research) otorgó al doctor Hidalgo el título de “Young Investigator Fellowship in Clinical Research”, y en el 2001 mereció el “Career Development Award” otorgado por la ASCO (American Society of Clinical Oncology). Esas dos instituciones, las sociedades oncológicas más importantes de EE.UU., reconocían así el trabajo del médico español.

Le pregunté:

– ¿Cuál es la máxima aspiración de un médico?

Respondió como un resorte:

– ¡Curar a sus enfermos! Curarlos. Punto.

– ¿Y la mayor satisfacción?

– Lo mismo. En cáncer tenemos un elevado porcentaje de fracasos. Curamos poco. Nos esforzamos en ayudar a los enfermos en muchos aspectos, y lo agradecen. Te das cuenta de que lo aprecian, y eso satisface mucho. Haces algo válido. Cuando quiero sentirme útil me voy a ver enfermos.

Después de seis años en San Antonio, le contrató la Johns Hopkins y los Hidalgo se trasladaron a Baltimore. Él da clases en la Universidad, y un mes al año es el consultor oncólogo para las mil camas del Hospital, otro mes es el responsable de unas ciento cincuenta camas, y siempre cuida de varios casos de cáncer.



3. A los futuros médicos

– Con esa experiencia, ¿qué diría a los estudiantes de Medicina?

Sonríe y, casi sin pensarlo, me responde: “Primero, que se preocupen menos de las notas y más de aprender. Sus errores son pasar mucho tiempo con el libro y no tanto en el laboratorio y con el enfermo; o estudiar pensando en el MIR. Eso deforma la cabeza, es memorizar y no pensar. Es muy importante que utilicen libros, ¡no apuntes!, que son una agresión directa al intelecto..., o que usen CDROM o programas interactivos, quiero decir fuentes de conocimiento completas”.

Les aconsejaba, también, que defiendan un tiempo libre para cultivar otros campos, porque “son seis años de vida, no de clausura –decía–; es muy bueno mantener un nivel de maniobrabilidad, buscar una formación global, y no decir ‘a mí sólo me interesa la Gine’ y perder el interés por lo demás. Todas las asignaturas son importantes, todas; decir ‘esto no lo haré nunca’ es un grave error”.

Y para orientarse bien en este tipo de asuntos o en otros, añadía: “Es importante que busquen un tutor, alguien con quien hablar”. Tener un asesor está al alcance de cualquiera desde el primer curso hasta el último. En la Facultad de Medicina –como en los demás centros de la Universidad de Navarra en todos sus campus–, los profesores prestan con mucho gusto ese servicio de asesoramiento personal a los alumnos.

Preocuparse sólo de las notas, sin tener en cuenta que lo importante es aprender, saber, ese es el gran enemigo de todos los universitarios. Y ya como profesionales, el peor enemigo del médico “es el de cualquier persona: es perder el aspecto compasivo de la medicina –me decía el doctor Hidalgo–, porque eso sucede. El hombre se endurece con el día a día –‘¡qué pesado!, ¡otra vez la misma historia!’, ‘me está volviendo loco’–, y olvida que el enfermo es sagrado. La medicina americana me ha ayudado a reforzar ese aspecto compasivo que me marcó ya en la carrera. Ver en la Clínica Universitaria de Pamplona a médicos como Ignacio Lucas, que se desviven por los enfermos, a profesores sin fines de semana, que pasaban visita los sábados o los domingos, son modelos para imitar”.

Las personas son siempre lo importante. Entre muchísimos testimonios, yo recuerdo que en 1980 vino un grupo de expertos de Europa y América para estudiar el Plan Sanitario de Navarra, y al terminar su visita a la Clínica Universitaria, el doctor Poulsen comentó que la trasladaría a Dinamarca ladrillo a ladrillo, pero con los que trabajaban en ella, “porque son las personas las que hacen un hospital, no los ladrillos”.

Los que ponen corazón en el trabajo y trabajan con corazón siempre llegan alto.

